

*Los ojos de
mi princesa* 2

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

Los ojos de mi princesa 2

Fuerte por amor



ÍNDICE

1. El sueño	7
2. Soledad que debilita	11
3. Amor que fortalece	15
4. Desahogo	19
5. ¿Buscarla?	23
6. Amores eróticos	27
7. Su verdadero nombre	31
8. La anciana	35
9. El Cacarizo	41
10. Antena parabólica	45
11. El bar	51
12. Trilema	57
13. La madre de Ariadne	61
14. Sybil	65
15. Pilar	69
16. Regaño retrasado	73
17. No te tuve porque no te tuve	77
18. Café artístico	81
19. Dulce	87
20. Claustro de Sor Juana	91
21. Padres	97
22. Accidente	103
23. Planeación telefónica	109
24. La lata de pintura	113
25. Estar enamorado	119
26. Buscar el placer	123
27. Casa del libro	127
28. El convertible	133

29. El lago	137
30. Extorsión	147
31. Competencia ciclista	151
32. Becado	157
33. Vergüenza	163
34. Historia común	167
35. Adalid	171
36. Golpiza a una mujer	177
37. El enfermo	181
38. La manta	187
39. El funcionario	195
40. La jefa de edecanes	201
41. Creo en ti	207
42. Duerme	213
43. Te lo advertí	239
44. Naucalli	245
45. Filosofía contradictoria	249
46. Despedidas	255
47. Canadá	261
48. El novio de Ariadne	267
49. Velorio	273
50. Dejar el pasado atrás	277
51. Libro negro	283
52. Las leyes del amor	289
Epílogo	295

1

El sueño

Creencias, Conflictos y Sueños (C.C.S.)

Domingo 23 de enero de 1983

Hoy te soñé.

Estabas charlando con otras personas alrededor de una mesa ovalada.

—Hola, princesa. —Llegué decidido, desde lejos.

Todos los comensales se quedaron mudos al verme.

—Hola... —respondiste abriendo apenas los labios como si mi aparición te causara aturdimiento—. ¿Eres tú?

—Sí, Sheccid.

—Hacia mucho tiempo que nadie me llamaba Sheccid.

—¿Todavía te gusta?

—Depende de quién lo pronuncie.

—Yo soy el único que te puede decir así.

—Tienes razón.

—¿Me has extrañado?

—Mmh —te llevaste un dedo a los labios—. Ha sido un tiempo difícil.

—Contéstame.

Había tantas cosas que explicar. Tanto que aclarar. Tanto que comprender.

—Sí —aceptaste—. Te he extrañado.

—Necesitamos hablar.

—¿Cuándo?

—Te invito, mañana, a comprar un libro.

—¿Geometría y Trigonometría plana?

—Puede ser. ¿Por qué no? Lo perdí. Quiero recuperarlo para mi colección. ¿Vamos a pie y después en autobús de pasajeros? ¿Como antaño? Podemos tomar un helado de chocolate también.

Cinco años atrás fuimos juntos a comprar el libro de Baldor. Andando por la calle y usando el transporte público. Fue la tarde en que me atreví a abrazarte por la cintura y me senté junto a ti, apresando tus manos entre las mías. La tarde en que compartimos el mismo helado y estuvimos a punto de besarnos.

Sonreíste acongojada (si la contradicción es lícita), como tratando de borrar con un soplo los últimos años tormentosos para poder regresar mágicamente a los felices tiempos de la inocencia.

—De acuerdo —dijiste—, nos vemos en la misma esquina a la misma hora.

—No llegues tarde —recomendé.

Los sueños son a veces sucedáneos de acontecimientos reales. Para ciertas corrientes de psicoanálisis hay, en la actividad mental nocturna, mensajes secretos enviados por el subconsciente, propensos de ser interpretados por un profesional. Para los adeptos a retrotraer las prácticas de antiguos profetas escriturales, los sueños transfieren de manera vedada un mensaje de la divinidad. Yo no soy prosélito de ninguna de esas teorías, pero sin atreverme a descalificarlas por completo, me inclino a creer que, como la mente es muy poderosa, cuando concebimos en ella pensamientos reiterados, ocurre un fenómeno de plasticidad que les va dando materia hasta convertirlos, primero en sueños vívidos y más tarde en sucesos reales.

Sheccid: yo te he ideado (y trazado y descrito y narrado y planeado) demasiado tiempo; no es raro que te sueñe como si fueras de carne y hueso, ni será extraño que pronto acabe por verte frente a mí...

La realidad no es sino el resultado de lo que deseamos.

Por eso el sueño me pareció tan real. Y por eso sé que se hará verdad.

Me vi ahí, parado en la misma esquina donde nos citamos antes, esperándote con ansia, alegre de que pronto llegarías y temeroso de que no lo hicieras.

Observé la calle. ¡Había excesiva polución!; la avenida tenía baches, charcos, lodo; el tráfico, espeso; y los grandes y espaciosos autobuses urbanos de antaño escaseaban (habían sido sustituidos por microbuses). Por si fuera poco, en el horizonte se dibujaban los trazos luminiscentes de una tormenta eléctrica. Portentosos relámpagos chocaban en el firmamento. Al principio los fulgores resultaron bellos, dignos de fotografiar como se hace con las auroras boreales, pero poco a poco aumentaron de intensidad acompañados de truenos atroces. Jamás había visto ese portento de lobrete. “Un mal presagio”, pensé.

Escuché unas pisadas detrás. Giré. Eras tú. Vestida con saco y falda, maquillada en exceso; te veías más adulta y formal, pero también más triste e insegura, como ocurre con las personas que han sido golpeadas cruelmente por la vida. Miré el reloj.

—Llegaste puntual.

—He cambiado.

—¿Ahora usas zapatos de tacón?

Estabas más alta que yo.

—A veces; discúlpame.

Uno de los pocos autobuses de pasajeros que quedaban en circulación se detuvo frente a nosotros. Pero iba lleno. Subimos. No había un solo asiento libre. La gente se bamboleaba asida a las barras de metal. Olía a gasolina y sudores. Apenas pudimos entrar. En el cielo continuaba generándose el ruido infame de relámpagos.

Un vagabundo, quizá morboso y malintencionado, pero también quizá porque fue empujado por el gentío o aletargado por el alcohol, comenzó a recargarse en ti. Te incomodaste. Volteaste a verme como diciendo “protégeme”. Entonces aparté al tipejo e interpose mi cuerpo para cubrirte la espalda. El vagabundo se

desbordó en insultos. No le respondí. Quedé como abrazándote. Tú te encogiste un poco para dejarte abrazar.

—Gracias.

—Sabes que me pelearía con cualquiera por ti.

—Sí... no me lo recuerdes.

—Desde que nos separamos, no he pensado en otra mujer. Me has hecho falta. ¡Hay tantas cosas que no aclaramos... tantos cabos que dejamos sueltos!

—¿Por qué nos pasó eso?

—¿Malos entendidos? —adiviné.

—Puede ser.

—Sheccid, dime. ¿Cómo has estado?

—Mal... —cerraste los ojos—. Muy mal...

—¿Por qué?

—Espero que no me pidas demasiadas explicaciones. No podría dártelas —tu voz se atenuó hasta el silencio; te encogiste aún más como tratando de esconderte—. Vivo secuestrada. Aterrada. Mi vida peligra. Tengo miedo. Me están observando. Ayúdame, José Carlos. No sé a quién acudir.

En el cielo se dibujó una centella seguida del trueno más ensordecedor.

Entonces, de forma inverosímil (en los sueños no importan las verosimilitudes), comenzamos a caer por un largo, profundo y negro agujero...

Desperté. Me levanté sudando.

Quise alcanzar el vaso con agua que acostumbro poner en mi mesita. Lo tiré. Por fortuna estaba casi vacío. Encendí la luz. Iban a dar las cuatro de la madrugada. Traté de calmarme. Salí de la cama y recorrí el cancel de la ventana. Quería sentir el frío de la noche. La humedad del rocío. Pero la noche era caliente, bochornosa... había sombras entre las buganvillas. ¿Una persona? ¿Una mujer? Cerré los ojos y volví a abrirlos. Eran sólo tinieblas.

Volví a la cama pero ya no dormí.